



El fin del mundo como lo conocemos...y el auge del Nuevo Orden Energético Mundial

*Michael T. Klare**

El petróleo a 110 dólares estadounidenses el barril. La gasolina a 3,35 dólares (o más) el galón (3,785 litros). El gasóleo a 4 dólares el galón. Camioneros independientes forzados a abandonar la carretera. Los precios del gasóleo de calefacción por las nubes. El combustible de aviación a unos precios que han obligado a tres aerolíneas de bajo coste a permanecer en tierra en estas últimas semanas. Esto es tan sólo una muestra de las noticias más recientes sobre la energía. Todo lo cual apunta a un profundo cambio que afectará la forma en que todos –en este país y en el mundo- vamos a vivir. Unas tendencias que, hasta donde se puede prever, serán cada vez más pronunciadas según vayan agotándose los recursos energéticos y se intensifique la pugna global por su distribución.

En su momento, abundaba la energía de todo tipo, lo cual permitió la expansión económica mundial de las últimas seis décadas. Esta expansión benefició, principalmente, a los Estados Unidos, junto con sus aliados del “Primer mundo”, europeos y del Pacífico. Sin embargo, ahora, un selecto grupo de países otrora considerados del “Tercer mundo” –sobre todo China y la India- intentan unirse a esta prosperidad energética, industrializando sus economías y vendiendo a los mercados internacionales una variada panoplia de productos. Esto, a su vez, ha generado una subida sin precedentes en el consumo energético mundial, que creció un 47% en los últimos 20 años, según el Departamento de Energía de Estados Unidos.

Una subida de esta naturaleza no sería motivo de gran preocupación si los principales proveedores mundiales de energía fueran capaces de producir energía en línea con esta demanda adicional de combustibles. Sin embargo, nos encontramos ahora con una realidad estremecedora: una fuerte ralentización en la expansión de las fuentes mundiales de energía, al mismo tiempo que la demanda crece vertiginosamente. No es que estas fuentes de suministro energético estén desapareciendo –si bien lo harán más tarde o más temprano- sino que no están creciendo en sintonía con la creciente demanda mundial.

La combinación de una demanda creciente, la aparición de nuevos y poderosos consumidores de energía, y la contracción de las fuentes mundiales de suministro de energía está desmembrando el mundo de energía abundante que conocemos. En su lugar

* Michael T. Klare es profesor de estudios de paz y seguridad mundial en el Hampshire College y autor de *Guerras por recursos* (Urano, 2003) y *Sangre y petróleo* (Urano, 2006). Este texto es un anticipo de su reciente libro, *Rising Powers, Shrinking Planet: The New Geopolitics of Energy* (Metropolitan Books). Este artículo se publicó originalmente en inglés en TomDispatch el 15 de abril de 2008 y se publica en español con permiso del editor.

se está formando un nuevo orden mundial. Podemos resumir esta situación de la siguiente manera: poderes crecientes/ planeta menguante.

Una feroz competencia internacional por los recursos cada vez menores de petróleo, gas natural, carbón y uranio caracterizará este nuevo orden mundial. También se registrará una revolución en la ubicación del poder y la riqueza de estados con déficits energéticos como China, Japón, y los Estados Unidos hacia estados con superávit energéticos como Rusia, Arabia Saudí y Venezuela. En este proceso, todas nuestras vidas se verán afectadas de una forma u otra –siendo los consumidores pobres y de clase media en los estados con déficits energéticos los más castigados. Es decir, por si no se han dado cuenta aún, la mayoría de nosotros, y nuestros hijos.

Aquí, en resumen, presentamos cinco fuerzas clave de este nuevo orden mundial que cambiará nuestro planeta:

1. Una intensa competencia entre nuevas y antiguas potencias económicas por las fuentes de energía disponibles. Hasta hace poco tiempo, las potencias industriales y maduras de Europa, Asia y América del Norte consumían la mayor parte de la energía, dejando los restos para el mundo en desarrollo. En 1990, los miembros de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), el selecto club de las naciones más ricas del mundo, consumían aproximadamente un 57% de la energía mundial; la Unión Soviética junto con el bloque del Pacto de Varsovia, un 14%; por lo que tan sólo 29% era consumido por el mundo en desarrollo. Pero estas relaciones están cambiando. Varios países en desarrollo están consumiendo una proporción cada vez mayor de los recursos energéticos mundiales gracias a su robusto crecimiento económico. Se calcula que para el año 2010, el consumo de energía de los países en desarrollo, con respecto al consumo mundial alcance el 40%, y si se mantienen las tendencias actuales, esta cifra llegaría al 47% para 2030.

China tiene un papel fundamental en todas estas cuestiones. Se prevé que para el 2015, China consumirá un 17% de la energía mundial, y un 20% para 2025. Para esta última fecha, si se mantienen las tendencias actuales, China superaría a Estados Unidos como el mayor consumidor mundial de energía. Se prevé, también, que la India, que en 2004 consumió un 3,4% del consumo mundial de energía, alcanzará el 4,4% para 2025. A su vez, también está previsto que crezca el consumo en otras naciones de rápida industrialización como Brasil, Indonesia, Malasia, Tailandia y Turquía.

Estos emergentes motores económicos deberán competir con las potencias económicas más maduras por el acceso a las reservas de energía exportable que aún están por explotar. Estas reservas, en varios casos, han sido vendidas hace ya muchos años a empresas energéticas del sector privado de las potencias maduras, como son los casos de Exxon Mobil, Chevron, BP, Total, y Royal Dutch Shell. De la necesidad, los nuevos retadores mundiales han desarrollado una estrategia potente para competir con las “grandes empresas” Occidentales: han creado sus propias empresas de propiedad estatal y forjado alianzas estratégicas con las empresas nacionales petroleras que controlan, en la actualidad, las reservas de gas y petróleo en muchas de las principales naciones productoras de energía.

En China, por ejemplo, Sinopec, ha firmado una alianza estratégica con Saudi Aramco, de Arabia Saudí, un gigante nacionalizado que en su momento fue propiedad de Chevron y Exxon Mobil, para la exploración de gas natural en Arabia Saudí, y para la comercialización de crudo saudí en China. Del mismo modo, la China National Petroleum Corporation (CNPC) colaborará con Gazprom, el gigantesco monopolio ruso de gas natural, de propiedad estatal, para construir oleoductos y suministrar gas ruso a China. Varias de estas empresas, controladas por el estado, incluyendo la CNPC y la Oil and Natural Gas Corporation de la India, están ahora dispuestas a colaborar con Petróleos de Venezuela

S.A. para el desarrollo de crudo extra-pesado de la faja petrolífera del Orinoco, que fuera en su momento controlada por Chevron. En esta nueva etapa de la competencia por la energía, los privilegios de los que se beneficiaron durante tanto tiempo las grandes empresas occidentales, están siendo minados por las advenedizas empresas del mundo desarrollado con respaldo estatal.

2. La insuficiencia de las reservas de energía primaria. Es cada vez menor la capacidad de la industria energética para satisfacer la demanda mundial. Según parece, el suministro mundial de petróleo podría seguir expandiéndose durante media década antes de alcanzar su pico, tras lo cual empezará a retroceder. Por otra parte, las reservas de gas natural, carbón y uranio podrían seguir creciendo durante una o dos décadas antes de alcanzar su pico y empezar su propio, e inevitable retroceso. Entretanto, las reservas mundiales de estas fuentes de energía existentes serán incapaces de satisfacer la demanda creciente.

Consideremos el caso del petróleo. El Departamento de Estado de Energía de EE.UU. afirma que la demanda mundial de petróleo, alcanzará 117,6 millones de barriles diarios para 2030, con un nivel de oferta que –milagro de los milagros- sumará exactamente 117,7 millones de barriles (incluyendo líquidos de petróleo derivados de sustancias asociadas como el gas natural y las arenas asfálticas de Canadá) al mismo tiempo. No obstante, la mayoría de los profesionales del sector de la energía, consideran que esta estimación es poco realista. “Cien millones de barriles es a mi parecer y, en este momento, una visión muy optimista”, afirmó Christophe de Margerie, Director General Ejecutivo de Total, en una conferencia del sector petrolero en Londres en octubre de 2007. “No es mi apreciación personal; es la del sector, o la de aquellos a los que nos gusta decir las cosas claramente, honestamente, y no sólo para congraciarnos con la gente.”

Del mismo modo, los autores del *Medium-Term Oil Market Report*, publicado en julio de 2007 por la Agencia Internacional de la Energía, un organismo autónomo de la OCDE, concluían que la producción mundial de petróleo podría alcanzar los 96 millones de barriles diarios en 2012. Añadían, que sería poco probable que se superase esta cifra teniendo en cuenta que la carestía en el descubrimiento de nuevos yacimientos hacía que el crecimiento futuro fuese imposible.

Los titulares de los diarios económicos apuntan a un torbellino de tendencias enfrentadas: la demanda mundial seguirá creciendo ante las colas que hacen cientos de millones de chinos recientemente enriquecidos, para adquirir sus primeros automóviles (de los que algunos se venden al precio irrisorio de 2.500 dólares estadounidenses); el declive actual, o inminente, de campos petrolíferos más antiguos, “los elefantes”, como el de Ghawar en Arabia Saudí y Canterell en México; y la caída en picado año tras año de la tasa de descubrimiento de nuevos yacimientos petrolíferos. Por tanto, podemos anticipar que la escasez de la energía mundial y los elevados precios serán una fuente constante de dificultades.

3. El desarrollo excesivamente lento de fuentes de energía alternativas. Hace ya tiempo que los que toman decisiones políticas se han concienciado de la acuciante necesidad de contar con nuevas fuentes de energía para compensar la eventual desaparición de las fuentes actuales, como también para frenar la acumulación de “gases de invernadero” en la atmósfera, que inciden en el cambio climático. De hecho, tanto la energía eólica como la solar han ganado terreno en algunas partes del mundo. Varias otras soluciones energéticas innovadoras también han sido desarrolladas y puestas a prueba en laboratorios universitarios y empresariales. No obstante, estas alternativas, que en la actualidad representan un porcentaje ínfimo de la oferta neta de energía mundial, no se están desarrollando lo bastante rápido como para prevenir la multifacética catástrofe energética mundial que se nos avecina.

Según el Departamento de Energía de EE.UU., las energías renovables, incluyendo la eólica, la solar, y la hídrica (junto con combustibles “tradicionales” como la madera y el estiércol), representaron un 7,4% del consumo energético mundial en 2004; los biocombustibles supusieron un 0,3% adicional. Entretanto, los hidrocarburos –petróleo, carbón y gas natural- representaron un 86% del consumo energético mundial, y la energía nuclear un 6%. Siguiendo las tasas actuales de desarrollo e inversión, el Departamento de Estado de Energía de EE.UU. ofrece la siguiente, y demoledora, proyección: en 2030, los hidrocarburos seguirán representando la misma proporción de energía mundial que en 2004. El incremento previsto de la contribución de las energías renovables y los biocombustibles, es tan escaso –tan sólo un 8,1%- que es prácticamente insignificante.

Las implicaciones son absolutamente catastróficas en cuanto al calentamiento global: una mayor dependencia del carbón (sobre todo en China, la India y EE.UU.) implica que las emisiones de dióxido de carbono aumentarán un 59% en los próximos 25 años, de 26.900 millones de toneladas métricas a 42.900 millones de toneladas. Las repercusiones no dejan lugar para dudas. Si se mantienen estas cifras, no hay ninguna esperanza de evitar los peores efectos del calentamiento climático.

Las implicaciones relativas a las fuentes de suministro mundial de energía son casi igual de descorazonadoras. Para satisfacer la creciente demanda de energía, sería necesaria una incorporación masiva de fuentes de energía alternativas, que implican una inversión igual de masiva –que llegaría a los billones de dólares estadounidenses- para asegurar que los nuevos experimentos pasen cuanto antes de la fase de laboratorio a la producción comercial a gran escala. Sin embargo, y por desgracia, esto ni siquiera está contemplado. En su lugar, las principales empresas energéticas (respaldadas con fuertes subsidios y ventajas fiscales por parte del gobierno de EE.UU.) invierten sus beneficios estratosféricos de las subidas de precios energéticos en proyectos muy costosos (y cuestionables en lo medioambiental) para extraer gas y petróleo de Alaska y el Ártico, o para perforar en las profundas y difíciles aguas del Golfo de México y del Océano Atlántico. ¿Con qué fin? El de producir unos cuantos barriles o metros cúbicos de gas natural adicionales a precios exorbitantes (con el respectivo daño medioambiental), mientras las alternativas que no se basan en el petróleo no consiguen despegar.

4. Una migración constante de poder y riqueza de naciones con déficit de energía hacia naciones con superávit de energía. Existen unos pocos países, –posiblemente una docena en total-, con suficientes reservas de petróleo, gas, carbón y uranio (o alguna combinación de estos) para satisfacer sus propias necesidades energéticas y ofrecer un superávit significativo para la exportación. De ahí que no sea sorprendente, que estos estados puedan lograr términos cada vez más beneficiosos del conjunto, mucho mayor, de naciones con déficits de energía que dependen de ellos para sus suministros vitales de energía. Estos términos, principalmente de índole financiera, resultarán en crecientes montañas de petrodólares acumulados por los mayores productores de petróleo, pero también incluirán concesiones políticas y militares.

En el caso del petróleo y el gas natural, se pueden contar con los dedos de las manos las grandes naciones con superávit de energía. Los diez estados más ricos en petróleo controlan el 82,2% de los recursos conocidos en el mundo. En orden de importancia estos diez estados son: Arabia Saudí, Irán, Irak, Kuwait, los Emiratos Árabes Unidos, Venezuela, Rusia, Libia, Kazajstán y Nigeria. El control sobre el gas natural está aún más concentrado. Tres países –Rusia, Irán y Qatar- poseen un impresionante 55,8% de las reservas mundiales. Todos estos países se encuentran en una situación envidiable para poder beneficiarse económicamente de las fuertes subidas de los precios mundiales de la energía, y para obtener las concesiones políticas que crean convenientes de sus potenciales clientes.

La transferencia de riqueza, es de por sí apabullante. Los países exportadores de petróleo recolectaron aproximadamente 970.000 millones de dólares estadounidenses de los países importadores en 2006. Para el 2007 se prevé que la cifra sea aún mayor. Una parte importante de estos dólares, yen, y euros han sido depositados en fondos estatales o soberanos (SWF, por sus siglas en inglés), gigantescos fondos de inversión controlados por los países petroleros y utilizados para la adquisición de importantes activos en todo el mundo. En los últimos meses, los SWF del Golfo Pérsico han estado aprovechándose de la crisis financiera en Estados Unidos para adquirir importantes participaciones en sectores estratégicos de su economía. Por ejemplo, en noviembre de 2007, la Abu Dhabi Investment Authority (ADIA) adquirió una participación valorada en 7.500 millones en Citigroup el mayor holding bancario de Estados Unidos; en enero, Citigroup vendió una participación aún mayor a la Kuwait Investment Authority (KIA) y a varios otros inversores de Oriente Medio, incluyendo al Príncipe Walid bin Talal de Arabia Saudí. Los gestores de ADIA y KIA insisten en que su objetivo no es utilizar sus participaciones en Citigroup y otros bancos y empresas estadounidenses para influenciar la política económica o exterior de Estados Unidos, pero es difícil imaginar que un movimiento financiero de esta magnitud, que en las próximas décadas no hará más que ganar impulso, no se traducirá por algún tipo de poder de presión política.

En el caso de Rusia, que ha surgido de las cenizas de la Unión Soviética como la mayor superpotencia energética mundial, ya lo ha hecho. Rusia es en la actualidad el mayor proveedor mundial de gas natural, el segundo mayor proveedor de petróleo, y un importante productor de carbón y uranio. Aunque muchos de estos activos fueron privatizados brevemente durante el gobierno de Boris Yeltsin, el Presidente Vladimir Putin ha vuelto a poner a la mayoría bajo control estatal –en algunos casos, por métodos legales bastante cuestionables. Se utilizaron estos activos para sobornar o coaccionar a varias ex repúblicas soviéticas, en la periferia de Rusia, que dependen en gran medida de estos suministros de gas y petróleo. Los países de la Unión Europea han expresado en algunos momentos su consternación ante las tácticas de Putin, pero ellos también, dependen del suministro energético ruso, por lo que han aprendido a acallar sus protestas para acomodar el creciente poder ruso en la región Eurasiática. Debemos, pues, considerar el caso ruso como un modelo del nuevo orden energético mundial.

5. Un creciente riesgo de conflicto. A lo largo de la historia grandes cambios en la distribución de poder han venido generalmente acompañados de brotes de violencia –en algunos casos, de grandes agitaciones violentas y prolongadas. Los estados en el punto álgido de su poder han luchado por evitar la pérdida de su estatus privilegiado, mientras los retadores han luchado por derrocar a aquellos en la cumbre. ¿Qué pasará ahora? ¿Lanzarán los estados con déficits energéticos campañas para arrebatar las reservas de petróleo y gas del control de los estados con superávit, o para eliminar competidores entre sus rivales con déficits de energía? La guerra del gobierno de Bush en Irak ya se podría enmarcar en esta dinámica.

Son conocidos de todos los elevados riesgos y costes de la guerra moderna, y hay una percepción generalizada de que los problemas de la energía pueden resolverse mejor con recursos económicos, y no militares. Sin embargo, las principales potencias mundiales, *están* empleando medios militares en sus esfuerzos por lograr una posición de ventaja en la lucha mundial por la energía, y que nadie crea lo contrario. Estos propósitos podrían, con toda facilidad, llevar a situaciones de intensificación involuntaria e incluso a conflictos.

Un uso destacado de los medios militares en la carrera por la energía es sin duda la transferencia regular de armamento y servicios de respaldo militar por los principales importadores de energía a sus principales proveedores. Tanto los Estados Unidos como China, por ejemplo, han incrementado su entrega de armas y equipos a naciones productoras de petróleo como Angola, Nigeria y Sudán en África, y en la cuenca del Mar

Caspio a Azerbaijón, Kazajstán y Kirguistán. Los Estados Unidos han puesto especial hincapié en la supresión de la insurgencia armada en la región vital del Delta del Níger, en Nigeria, donde se produce la mayor parte del petróleo de este país africano; Beijing se ha destacado por su apoyo, mediante la venta de armas, a Sudán, donde las operaciones petrolíferas dirigidas por China están amenazadas por insurgentes tanto en el sur del país como en Darfur.

Rusia también está recurriendo a las transferencias de armamento como instrumento en sus esfuerzos por incrementar su influencia en las principales regiones productoras de gas y petróleo en el mundo -la cuenca del Mar Caspio y el Golfo Pérsico. Su objetivo no es el de obtener energía para su propio uso, sino el de dominar el flujo de energía hacia otros. Ante todo, Moscú intenta obtener el monopolio sobre el transporte de gas de Asia Central hacia Europa, a través de la enorme red de gasoductos de Gazprom. Entre los objetivos rusos también está el de adentrarse en los ricos campos gasísticos de Irán, cimentando aún más el control ruso sobre el mercado mundial del gas natural.

El peligro, claramente, radica en que estas políticas, multiplicadas a lo largo del tiempo, provocarán carreras armamentísticas regionales, exacerbarán las tensiones regionales e incrementarán el riesgo de injerencia por parte de las grandes potencias en cualquier conflicto local que pueda surgir. Hay innumerables ejemplos históricos de cómo errores de cálculo como estos pueden llevar a guerras que entran en espirales descontroladas. Piensen en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial. De hecho, Asia Central y la cuenca del Mar Caspio, son en la actualidad, con sus múltiples desórdenes étnicos y las rivalidades entre las grandes potencias, un reflejo bastante fiel de la región de los Balcanes en el periodo anterior a 1914.

Todo esto nos lleva a esta sencilla y aleccionadora conclusión: el fin del mundo como lo conocemos. En este nuevo mundo en el que nos estamos adentrando y que gira alrededor de la energía, el precio del petróleo dominará nuestras vidas y el poder residirá en manos de quienes controlan su distribución mundial.

En este nuevo orden mundial, la energía gobernará nuestras vidas de maneras novedosas y a diario. Determinará cuándo, y para qué fines, utilizamos nuestros automóviles; a qué temperatura ponemos nuestros termostatos; cuándo, a dónde, e incluso si, viajamos o no; cada vez más, qué comemos (teniendo en cuenta que el precio de producir y distribuir muchos productos cárnicos y verduras se ve profundamente afectado por el coste del petróleo o el ritmo de uso del maíz para la generación de etanol); para algunos de nosotros, incluso dónde vivimos; y para otros, con qué tipo de negocio nos involucramos; y para todos, cuándo y bajo qué circunstancias libraremos guerras o evitaremos conflictos extranjeros que podrían desembocar en guerras.

Esto nos lleva a una observación final: la decisión más urgente que deberá tomar el próximo presidente y el Congreso será sobre la mejor forma de acelerar la transición de un sistema energético dependiente de los hidrocarburos hacia un sistema basado en alternativas energéticas menos dañinas para el clima.